

El hombre que ama los árboles

Fernando Miñana

4-6 minutos

• [Fernando Miñana](#)



6/03/2022 -



Han pasado cuarenta y ocho años y no ha perdido su acento parisino. "Me llaman el gabacho", desvela con cierta resignación porque él, asegura, se siente valenciano, como su mujer y su hija, que es del Cabanyal. Al salir de la universidad como técnico agrícola, empezó a trabajar en la huerta de València, pero en 1979, cuando hubo un cambio en los ayuntamientos y **Ricardo Pérez Casado** entró en el de València, se postuló para trabajar en lo que siempre había deseado: la jardinería urbana. Y dos años más tarde, en junio de 1981, aprobó su oposición como técnico municipal.

La revolución arbórea

Aunque la primera batalla, la del Jardín del Turia, la perdió. "Los jardineros siempre somos los del ornato, los que ponemos la plantita, y esa ha sido la gran batalla; entonces la perdimos porque ellos diseñaron como arquitectos y urbanistas. Y la selección de las especies arbóreas se hizo en función de los antojos de los diseñadores. Nosotros batallábamos para intentar meter una biodiversidad y una mezcla de árboles. Fueron años de discusión y teníamos las de perder porque los arquitectos eran divos y nosotros simples jardineros. Eso ha cambiado. Ahora ya se entiende en la arquitectura que esto es un trabajo multidisciplinar y que tienen que trabajar con el sector verde. Pero entonces solo éramos planta plantas. Y aquellos divos se decantaron por el ciprés o la palmera, pero siempre dominando sus aspectos arquitectónicos, mientras nosotros pensábamos en un bosque, en la vegetación de libre crecimiento".

"El árbol es vida"

Aún así, Santiago es feliz en el viejo cauce, al que le da "un aprobado". A lo largo de ese gran parque que va desde Xirivella hasta el Oceanogràfic hay cerca de 35.000 árboles. Ahora están haciendo inventario de todos los ejemplares que hay. En la ciudad, calcula que hay más de cuatrocientas especies arbóreas. Una gran variedad en la que este arborólogo encuentra una explicación. "València tiene una ventaja y es que está justo en el límite entre el norte y el sur. Aún están las especies como el tilo, el olmo, algún abedul, pero también las del sur, como el eucalipto o la morera, la jacaranda... Todos los árboles me gustan, pero me encantan los ficus, que más al norte no funcionan, y las palmeras, aunque técnicamente no sea un árbol".



Santiago y su mujer, **Amparo**, tienen una hija, **Clara**. Él intentó dirigirla hacia su mundo, pero venció la madre y se hizo neuropsicóloga. "Aunque siempre le digo, y ella lo tiene claro, que el árbol es un elemento saludable. Cuando uno tiene un problema y se pasea por un bosque lleno de árboles, encontramos tranquilidad. Y luego están los que piensan que los árboles transmiten energía y nos pueden serenar. Y eso está sin estudiar. Está demostrado que la gente depresiva, en un ambiente arbóreo, reduce esa problemática de salud. No te cura, pero te ayuda".

El árbol de la siesta

Este experto en la naturaleza camina feliz por los Jardines del Real mientras sigue saludando a sus vecinos. Un alce de Montpellier que en invierno se ha quedado desnudo pero que en otoño luce un color dorado irresistible. O un drago de Canarias que pasa desapercibido frente a la Casa del Jardinero Real, donde está la sede del Observatorio Municipal. Y a su lado, un plátano de sombra. Un poco más alejado está un laurel, que se considera un arbusto pero que, con el tiempo, puede acabar adquiriendo el aspecto de un árbol, con un tronco único. Y un ginkgo biloba, del que presume Santiago porque se dice que fue el único que resistió a la bomba nuclear en Hiroshima.



En este paseo arbóreo, Santiago se detiene y hace un mueca. Pasa entonces una de sus grandes manos por la corteza donde algún joven ha clavado una navaja para escribir 'Hamza y Isabel' sobre un corazón. No le gusta, pero hace un gesto de resignación como dando a entender que a esas edades todos hemos sido un poco inconscientes. Ante un ficus cuenta que València tiene 26 de gran tamaño y que el árbol más grande de la ciudad probablemente sea el ficus del Parterre, con más de veinte metros de altura y una copa con 37 metros de diámetro. Aunque él acaba volviendo a ese pino en escorzo que hay junto a la entrada. Él lo conoce como el "árbol de la siesta" porque lleva cuarenta años viendo a la gente tumbarse bajo su sombra. Lo observa con ternura y lo abraza. Porque los árboles han sido, y son, el amor de su vida.